147
FONDO
ABELARDO A. LEAL LEAL

ES PROPIEDAD.

*Imprenta de Campuzano hermanos, Ave María*, 17.

# LUIS ADOLFO THIERS.

Costumbre fué de todos los pueblos de la antigüedad, y en especial de los Romanos, honrar á los hombres cuyos hechos gloriosos enaltecieron á la pátria, llevando su nombre á las mas apartadas tierras, como César; ya libertándola de la anarquía como Ciceron; ya cultivando su lengua hasta el punto de hacerla casi rivalizar con la griega como Virgilio, Ovidio y Horacio lograron verificarlo en sus armoniosos versos. Pero los que mas fama y honores alcanzaban eran los conquistadores que llevaban sus armas á los confines del mundo, ó los reyes cuyo esplendor admiraba á sus contemporáneos.

Por eso, uno de los caractéres que distinguen á nuestro siglo de los precedentes, es que á diferencia de aquellos se tiene en mas á los que vencen en pacíficos certámenes, donde el ingenio lleva su piedra al santo edificio del progreso, que á los conquistadores que llenan de sangre y lágrimas los lugares por donde pasan, y cuya mision es triste mision de muerte, sin que por eso déjense de tributarles los honores que les corresponden por la parte en que han contribuido á la espansion de las ideas que quizá, á pesar suyo, se difunden con la guerra. Alejandro el Grande era para los antiguos casi un semidios, cuyo ejemplo y cuyas hazañas se proponian imitar los que aspiraban á la inmortalidad, y para nosotros, que casi hemos conocido al soldado cuyas hazañas superaron á las

de los mas grandes héroes de la leyenda y de la historia, mas grande que los Escipiones y que César, y mas afortunado que Alejandro, al capitan que ligó la victoria á sus banderas paseando sus legiones desde las feracísimas campiñas de Italia á las heladas llanuras de Rusia, y á quien solo el destino pudo vencer en el tremendo desastre de Waterloo, se funda su mayor gloria, no en los sangrientos despojos de que sembró el mundo ni en el atrevimiento de repartir coronas entre sus sargentos, sino en las ideas de la gran Revolucion francesa que iban esparciéndose por todas partes donde fijó su victoriosa planta. No es un título para su gloria el haber sentado en el trono de España á uno de sus hermanos, sino el haber decretado la desaparicion del tribunal de la Inquisicion, y no es un baldon el haber sido vencido en Rusia por el hielo mas que por los hombres, pero sí el no haber libertado á la oprimida Polonia, cuyos hijos le fueron mas fieles que muchos de sus súbditos.

El pueblo francés, cuya posicion entre los pueblos del Norte y los del Mediodia le hace tener tan maravillosas aptitudes para representar la opinion de la Europa entera, no citó en muchos años otro nombre que el de Napoleon, cuya aureola le cegaba, y con el cual aun creia aterrar á los pueblos por aquel gigante dominados. Los retratos del coloso veíanse en la cabaña del campesino y en los dorados salones del opulento magnate; escritores enemigos del Imperio contribuyeron á su restauracion propagando sus glorias, y toda la nacion mirábase representada en aquellos inválidos que le habian acompañado en la fortuna y le habian permanecido fieles en la desgracia.

Pero los tiempos cambiaron. Acontecimientos de todos conocidos ocasionaron la sangrienta lucha provocada por el orgullo de Napoleon III, que creyó vincular en sus manos los destinos de la Europa, como Napoleon I habia vinculado en sus armas la victoria; mas la gran vergüen-



za de Sedan mostró á los franceses cuán caros cuestan los laureles obtenidos á cambio de las libertades públicas. Proclamóse la República, y fué elegido Presidente el ilustre anciano, cuya memoria es mas grata á todos los amantes de su pátria que la del Gran Capitan del siglo, pues si este colocó el nombre del pueblo francés á la cabeza de todos los de Europa, arrebató á la Francia la flor de su juventud, sus tesoros y su libertad, al paso que Thiers que encontró la guerra, hizo la paz cuando subió al puesto supremo del Estado; una parte del territorio era presa del estranjero y la libertó; el país estaba empobrecido y desorganizado, y lo engrandeció y lo hizo libre; una criminal insurreccion amenazaba reproducir la guerra y la dominó con mano fuerte, mostrando que las grandes instituciones necesitan para arraigarse y dar vida á los pueblos, mas que glorias guerreras que se desvanecen como el humo de los cañones, leyes espansivas y hombres rectos que las apliquen, colocando su personalidad, no en lugar de exhibicion y brillo, sino en un puesto de combate. Esto hizo Thiers, cuya biografía vamos á esponer de la mejor manera que sea posible á nuestra pluma, pobre y sin autoridad.

*
* *

Luis Adolfo Thiers nació en Marsella el dia 15 de Abril de 1797. Su padre, pobre trabajador, no podia subvenir á los gastos de su educacion; pero sus parientes por la línea materna, que pertenecian á la familia del gran poeta Andrés Chenier, que fué una de las víctimas de la Revolucion francesa, le alcanzaron una plaza en el Liceo de Marsella, donde comenzó sus estudios con gran aprovechamiento. Dotado de un carácter turbulento y pendenciero, sus travesuras y las contínuas camorras que armaba con sus condiscípulos le pusieron en peligro de ser espulsado. A los diez y ocho años, estudiando Derecho en Aix, ganó un primer premio y un accésit ofrecidos

por la Academia francesa al mejor *Elogio de Vauvernages*. Fueron tantos los discursos que se presentaron, y tantas las influencias que se pusieron en juego, que el Jurado nombrado por la Academia tuvo que diferir hasta el año siguiente (1815) la adjudicacion de los premios. Entonces Thiers escribió otro discurso y lo remitió á París bajo un pseudónimo. Llegado el dia solemne, resultaron premiados ambos trabajos, y la prensa de entonces se ocupó de este incidente durante largo tiempo. Este fué el acontecimiento que dió á conocer á Thiers al público parisiense, tan aficionado á estos lances, fundando la base de su reputacion.

El deseo de brillar llevó á París al jóven abogado, cuyos exíguos recursos apenas si le permitian vivir en un pobre aposento del Quartier Latin, asociándose para atender á sus reducidas necesidades á su íntimo amigo Mignet, que llegó á ser acaso el mas grande historiador de Francia. Recien llegado á la capital de Francia, frecuentó todos los círculos políticos donde pudo penetrar, y pronto logró entablar amistad con su paisano el famoso diputado Manuel, quien prendado de sus talentos le presentó al banquero Laffitte, conocidísimo por sus opiniones liberales, y con su influencia entró á formar parte de la redaccion del *Constitucional*, que en aquel tiempo era una de las publicaciones que defendian soluciones avanzadas. Los artículos mas notables del periódico eran debidos á la pluma de Thiers, cuya reputacion de hábil periodista iba en aumento de dia en dia, hasta que uno de sus trabajos, titulado *La Monarquía en Francia*, hizo circular su nombre por todos los ámbitos de Francia.

El éxito de sus trabajos periodísticos le animó á fijar su pensamiento en mas altas empresas. La *Historia de la Revolucion francesa*, que comenzó á publicar en 1823, le dió justísimo renombre de historiador y le procuró, además de otras obras, una posicion independiente á los 25 años. Los círculos políticos y literarios disputábanse la



presencia de Tiers, cuyas agudezas, propias de su viveza meridional, hacian las delicias de todos los concurrentes á ellos. Por este tiempo subió Polignac al poder. Sus impuestos desastrosos y sus imprudentes disposiciones de gobierno exacerbaron los ánimos de todos los habitantes de Francia hasta el punto de hacerles olvidar al ministro Villele, cuya única falta habia sido la de no estar dotado de la firmeza de carácter tan necesaria á los hombres de Estado.

Una de las primeras medidas de Polignac fué la disolucion de la Cámara. Los Jesuitas recobraron la perdida influencia que Martignac les habia arrebatado de entre las manos, y la nacion estaba descontenta de los manejos de tal pandilla política, que ocupaba poco á poco los primeros puestos del Estado. Abrióse la nueva Cámara de 1830, y como la mayoría censurase ágriamente á los ministros en la contestacion al discurso de la Corona, el rey decidió disolverla de nuevo; pero los electores enviaron los mismos representantes que antes. El deber del rey en este caso era gobernar con la mayoría renunciando á Polignac; mas cegado por su ambicion personal, decidió, en union con su primer ministro, dar un golpe de Estado sin conocer que se volveria contra él. Los ministros firmaron los decretos en que se quitaba la libertad de imprenta, se anulaban las últimas elecciones y se reformaba el sistema electoral. Este atentado contra la Constitucion no fué conocido hasta que aparecieron en *El Monitor* los decretos que tan imprudentes medidas contenian. Los periodistas se reunieron en la redaccion de *El Nacional*, y allí organizaron el centro de resistencia legal que secundaron los editores é impresores, fundándose en que «el artículo 25 de la Ordenanza sobre la Imprenta era anticonstitucional,» segun declaró el tribunal de Comercio.

Thiers, que era ante todo enemigo de la violencia, imaginó la resistencia legal semejante á la de Hampdem contra los Estuardos de Inglaterra, sin fijarse en la di-

versidad de carácter de los dos pueblos; así es que redactó una protesta que firmaron cuarenta y cuatro periodistas y publicaron *El Nacional*, *El Tiempo*, *El Correo*, *El Comercio* y *El Fígaro*. La escitacion que produjo la protesta fué tan grande, sobre todo entre los impresores, que comenzaron á formarse grupos amenazadores en las calles, y el Gobierno ordenó reducir á prision á los firmantes y sellar las imprentas de los periódicos de oposicion. Entretanto, los grupos aumentaban tomando carácter amenazador y dando gritos; las tropas los dispersaron á viva fuerza, y la lucha comenzó á tiempo que muchos diputados se reunian y optaban por la resistencia armada contra las escitaciones de Thiers y Casimiro Perier, que deseaban la lucha legal, sin considerar que cuando un pueblo se lanza á defender sus derechos á costa de su sangre, es imposible contenerle. Lafayette se presentó á los insurrectos el 28 de Julio enardeciendo sus ánimos, y Laffitte apoyó la sublevacion que fué aumentando hasta convertir á París en un verdadero campo de batalla. La sangre corria á torrentes; el pueblo avanzaba y la insurreccion era general el 29 por la noche. El 30 habia caido Cárlos X para no volver jamás al trono.

Durante la revolucion nadie vió á Thiers, que se habia refugiado en Montmorency; pero así que triunfó volvió á París y fué comisionado para ver á Luis Felipe, que se encontraba en Neuilly. No pudo hallarlo, porque noticioso de que se trabajaba para elevarlo al trono, habia partido ya con direccion á la capital, y Thiers tuvo que volver á París donde creia encontrar una cartera de ministro en pago de los silbidos con que el pueblo habia recibido su proclama en favor de Luis Felipe, y solo obtuvo la secretaría de Hacienda, que desempeñó con grande acierto durante algun tiempo; pero quiso abandonarla cuando vió que el rey se iba separando de Lafayette para seguir la misma conducta que Cárlos X, cuyo personalismo le habia hecho caer del trono. No solo no consintió Laffitte



que Thiers abandonase su puesto, sino que para darle una prueba mas de confianza le encomendó la redaccion del Discurso de la Corona que debia leerse en las Cámaras. Al revisarlo el rey lo modificó por su sentido altamente liberal y por las espresiones de simpatía hácia Polonia, en cuya nacion parecia revivir el espíritu de Kosciusko; pero la opinion, conocedora de los estremos que abrazaba este trabajo, se manifestó tan unánime en su favor, que Luis Felipe tuvo que provocar una crísis que dió por resultado la vuelta del discurso á los términos primitivos y la subida de Thiers al Gobierno ocupando la cartera del Interior.

Las circunstancias en que ocupó el ministerio eran durísimas. La Polonia, sublevada contra sus opresores, sostenia cruda guerra, en la que perdió muchos de sus hijos, que sucumbieron para que *el órden reinase en Varsovia;* en Italia las sociedades secretas levantaban la cabeza amenazando derribar al Papa de su sólio; los carlistas sembraban la España de ruinas y desolacion en nombre de Dios, renovando los tiempos de los bárbaros; la Inglaterra agitábase pidiendo la reforma electoral, y en Francia los partidos desgarraban el seno de la pátria con sus trabajos revolucionarios. Los bonapartistas intentaban seducir el ejército; los legitimistas se alzaban en la Vendee con la duquesa de Berry al frente, y los republicanos de Lyon se sublevaron con pretesto de la cuestion obrera, pero en realidad con el objeto de proclamar la República. Todo estaba trastornado; así es que Thiers tuvo que pasar del ministerio del Interior al de Comercio, por no haberse atrevido á juzgar á la duquesa de Berry, presa, gracias á un traidor que descubrió su paradero, y cayó á consecuencia de su falta de resolucion. Desvanecido por los halagos que el rey le tributaba, apoyó su política personal, y no veia el abismo á que tal conducta le conducia, así es que salió del Gobierno lleno de impopularidad. Justo castigo por haber querido poner

sobre todo pensamiento y toda institucion la voluntad del rey.

Su caida le hizo volver en sí, y tornando á sus antiguas tiendas, afiliósele al centro izquierdo de la Cámara. Entonces los halagos y adulaciones se convirtieron en desdenes y burlas de los cortesanos que le odiaban cordialmente. Llamado de nuevo al Gobierno, cayó por no haberse atrevido el rey á intervenir en España contra los carlistas, que pretendian derribar el sistema constitucional, segun Thiers le aconsejaba. Cada vez aumentaban las intrigas cortesanas contra él, desde que habia vuelto á sostener su antigua máxima de que «*el rey reina pero no gobierna.*» Buena prueba de ello es que en el año 1835 fué tres veces llamado al poder y tres veces derribado por las maquinaciones palaciegas, que consiguieron que el rey le propusiera salir desterrado con carácter de embajador.

Guizot restableció la política personal del rey, y su conducta hizo aparecer á la Francia ante los ojos de toda Europa como la imágen viva y funesta de la reaccion en el esterior y del desconcierto en el interior. Las reformas electorales prometidas no venian, y la Cámara de diputados estaba casi toda compuesta de empleados, que por su carácter de tales hacian ilusoria la Representacion nacional, por cuya razon se pedian tambien las reformas parlamentarias que la Cámara de 1847 rechazó obstinadamente, inspirada é influida por Guizot. Thiers, cuyo amor propio habia sido herido por los desprecios de la córte, y cuyo patriotismo habíase exaltado, en vista de la conducta del Gobierno, estremó su oposicion en la Cámara y en la prensa con tanta fuerza que, á pesar suyo, conmovió los fundamentos del trono. En la discusion sobre la respuesta al Mensaje de la Corona pronunció Thiers un discurso tan violento y razonado que atrajo á la oposicion bastantes individuos de la Cámara, y le granjeó todas las simpatías que su anterior conducta le



habia enajenado. El conflicto era grave, y vino á exacerbarlo la prohibicion de los banquetes electorales en los que se omitia el consabido brindis por el rey con objeto de darles una significacion marcadamente republicana. Lamartine, Ledru-Rollin, Recourt y Pagnerre agitaban la opinion que no necesitaba ya muchas escitaciones, y de cada banquete reformista nacia un club republicano.

Thiers, Odilon Barrot y Dufaure contribuyeron, sin saberlo, á hacer la causa de los republicanos en la discusion del Mensaje. La sesion del 20 Enero de 1848 parecia una lucha de titanes. Guizot desplegó todos sus talentos oratorios y los inagotables recursos de su génio. Mostróse altanero y casi insultante y opuso á la Representacion nacional la sancion del rey y la autoridad del Gobierno. Lamartine le acusó con su arrebatadora elocuencia por sus alianzas con todos los Gobiernos despóticos y por haber abandonado villanamente á las naciones oprimidas; otros diputados le censuraron con frases de acritud inaudita por haber corrompido el espíritu público anteponiendo á todo el dinero, y Thiers, el mas elocuente y el mas implacable de sus rivales le acosó como un leon por su desastrosa política estranjera, sobre todo en sus relaciones con Suiza, Italia y el Oriente, reproduciendo además todos los cargos que las izquierdas habian dirigido al ministro con tal acierto y bajo tantos y tan graves aspectos, que Guizot, tan dueño de sí mismo, temblaba al comenzar su réplica. ¡De tal manera habia hecho resaltar Thiers sus acusaciones! Las interrupciones se sucedian ardientes y ruidosas como el choque de las espadas en un duelo. A cada cargo de Thiers contestaba Guizot con un arranque de soberbia que constituia un reto al Parlamento y un ataque á los derechos de las minorías, y Duchatel, otro ministro, vino en ayuda de su compañero llevando su procacidad al estremo de llamar á los banquetes reformistas «conciliábulos de sediciosos.» Gritos amenzadores contestaron á la agresion del ministro. «Jamás emplearon Polignac y Peiron-